

## Vicente Aguilera Cerni

Cuando Jacint Salvadó cumplía, a mediados de los setenta, ochenta y cuatro años de vida, Gérard Xuriguera dijo de él que continuaba ofreciendo la imagen de una inmutable juventud. Lo mismo acaeció con su obra, repleta de una energía tan vigorosa y de un cromatismo tan vivo que nos hacen entrever los retazos de un alma fresca y lozana como la de un adolescente.

La historia ha ignorado de manera denodadamente injusta la obra de este ser curioso y apasionado que, ante todo, como de forma certera señaló María Luisa Borrás, cometió un pecado imperdonable para los esclavos de los avatares de la moda: ser siempre fiel a sí mismo y al arte. A esta acertada apreciación se suscribió José María Moreno Galván, pero podríamos sumarnos todos aquellos que, con humilde admiración, hemos tenido la suerte de acercarnos, aunque fuera de puntillas, a su obra.

El olvido de Salvadó no es simplemente injusto. Es más que eso: es inexplicable. El que fuera amigo de Picasso y Derain, aquel que Uhde y Charensol consideraron uno de los pintores más importantes de su generación, abandonó este mundo siendo prácticamente un desconocido. Hace quince años –¿tantos ya?– Jacint Salvadó moría lejos de su Mont-roig natal, en las cercanías de Marsella. Con su desaparición, el arte perdía una figura de primerísima magnitud. Ni entonces, ni diez años después, ni aún ahora, la cultura ha sido consciente de que con Salvadó se iba un genio, uno de los grandes artistas que ha dado la luz no sólo una generación, sino toda la historia del arte español.

Humilde y bondadoso por naturaleza –eso aseguran de él quienes le conocieron– Salvadó no conoció en vida otra gloria que la de pintar, otra que la del color, la forma, el ritmo. La de la belleza, que se desgranaba en todas y cada una de sus obras. No tuvo miedo de evolucionar y esa fortaleza que sin duda debe de proceder de eso que llamamos espíritu, le permitió buscar su esencia hasta encontrarse a sí mismo, navegando por las aguas turbulentas del expresionismo figurativo y luego por las del cubismo hasta anclar en un universo constructivista y abstracto, puro y matizado.

«Hemos entrado los dos en el Museo del Louvre, tú como pintor y yo como modelo. Pero en el museo donde más me gusta verte es en el de figuras de cera del señor Grevin.» Esta anécdota, recogida por Gonzalo Fortea, nos da una idea muy aproximada del carácter sencillo de Salvadó: cuando Picasso cumplió noventa años el Gobierno francés, en homenaje al pintor malagueño, sustituyó temporalmente el lugar ocupado por «la Gioconda» en el Louvre por el más conocido de los tres arlequines de Picasso. Desde la tela del lienzo un Jacint Salvadó de treinta y dos años miró y mirará para siempre ya desafiante al mundo. Modelo de Picasso, pues, y antes de Derain, Salvadó, amigo y colaborador de ambos, fue admirado por los grandes maestros como Juan Gris, Braque, Arp o Bill.

Al pensar en Salvadó, en un ejercicio de memoria rápida, lo primero que me viene siempre al recuerdo es una fotografía suya cuando era ya mayor, o todo lo mayor que podía permitirle su espíritu juvenil e inquieta. La instantánea, en blanco y negro, no deja de sugerirme toda la fuerza y lo entrañable de su persona. Hay un algo infantil en sus ojos que se encuentra en los de muchos genios. La frescura de un niño, la curiosidad inagotable de los espíritus sabios, la vida en estado puro, pasando como una larga película en la retina de sus ojos siempre muy abiertos. Pese a las injusticias que, sin duda, la vida le deparó, no creo equivocarme al afirmar que Jacint Salvadó, ese «viejo jovencísimo» como le definió Miguel Fernández Braso en el diario ABC, fue un hombre agradecido, que vivió y murió reconciliado con las circunstancias de su vida, contento siempre de poder participar en cada

pequeño drama o en cada pequeña alegría de la existencia y filtrarlos a los demás en forma de arte, de un lirismo colorista y rebosante, rabioso, hasta el fin, de energía.

El, que no realizó ni siquiera diez exposiciones en vida en España (recordemos brevemente que en 1921 expuso en las Galerías Dalmau; en 1973 en Juana Mordó, de Madrid; en 1975 en la Galería Italia, de Alicante; en el 76 de nuevo en Juana Mordó; en 1978 en Valle Ortí, de Valencia, y en la alicantina Italia. Las últimas tuvieron lugar en 1981 en Juana Mordó y en 1982 en la Galería Goya de Zaragoza, el resto ya fueron tras su muerte', cuentan que se emocionaba siempre que, después de pasar toda una vida en Francia, donde expuso con mayor fortuna al igual que en Alemania, se le nombraba su país. De aquella primera muestra en las Galerías Dalmau de Barcelona, que retuvo tres meses a Salvadó en España, se conservan críticas elogiosas. Se dice, que el propio Gaudí llegó a maravillarse hasta tal punto con la obra de Salvadó que acudió varias veces a contemplar la exposición. El homenaje que en diciembre de 1994, tantos años después, le tributó esta misma galería, sirvió no sólo para reconocer y homenajear a Salvadó, sino para contemplar una selección de sus obras más significativas de todas las épocas del artista. Para realizar un tributo póstumo al talento y a la memoria de un hombre grande.

Pero recuperar a Salvadó es un reto por el que debemos seguir luchando. Todos. Para asestar definitivamente un golpe mortal a ese monstruo que es el olvido injusto. ¿Hasta cuándo podrá seguir ignorándose a un personaje de tal talla artística y humana? Quiero ser optimista y pensar que el esfuerzo de quienes le admiran y el tiempo, la historia, o como quiera llamarse a esa fuerza imparabile e insondable que todo lo mueve, pondrá las cosas en su sitio. Será lo justo. Ahora sólo puedo desear que sea muy pronto.